

LA CASA DE LILJECRONA
Selma Lagerlöf

LA VENTISCA

El segundo día de Navidad de 1800 se desató una ventisca sobre el distrito de Lövsjö, en la región Värmland. ¡Válgame Dios! Parecía que iba a arrasarlo todo.

Cierto es que antes había habido ventiscas y también que las habría después. Todos los ancianos de Lövsjö habían oído desde niños que una ventisca semejante no volvería a producirse.

Todavía hoy recordaban los muchos cercados que habían sido derribados, los tejados de paja que habían sido arrancados y los establos que se habían hundido atrapando a los animales bajo las cerchas durante varios días. Incluso podrían señalar todos los sitios donde habían empezado los incendios que fue imposible apagar por culpa de la ventisca. Unos incendios que acabaron con todo. En las colinas y las crestas de las montañas todavía se veían los árboles, caídos unos junto a otros, devorados por el fuego y que permanecían así desde entonces.

La gente solía decir que nunca llovía a gusto de todos, pero nadie creía que una ventisca el día de San Esteban fuera a traer nada bueno.

Quien menos podía imaginarse que el viento le traería algo bueno era, desde luego, «Pequeñita» de Koltorp. En la mañana de aquel día, se encontraba en la linde del bosque viendo con tristeza cómo una especie de humo cubría el valle que se extendía más abajo. El viento no había traído más que nieve, cenizas y basura.

Jamás había tenido que enfrentarse a tal adversidad, y eso que ya tenía trece años e iba para catorce. Siempre se mantenía de buen humor, aunque vinieran mal dadas, pero aquello era más de lo que podía soportar. Tenía los ojos grandes y brillantes, y en ellos estaban a punto de asomar las lágrimas y caerle por la cara, pálida y delgada.

Se había situado en la linde del bosque como para comprobar la fuerza del viento, pero este casi le arranca el pañuelo de la cabeza. Las rachas le golpeaban el abrigo corto de piel de oveja blanca que llevaba y la falda, cuya tela había tejido en casa, se le retorció de tal manera alrededor de las piernas que estuvo a punto de caerse.

No estaba sola, su madre y «Pequeñito» estaban con ella. Ambos iban vestidos de la misma manera que ella, con abrigos cortos de piel de oveja blanca y faldas rígidas de lana negra cardada. No podía ser de otra manera, ya que ella heredaba toda la ropa de su madre y luego el niño la heredaba de ella. Sin embargo, había algo que los diferenciaba en aquel momento: aunque todos iban igual de abrigados, su madre y su hermano no habían salido del bosque y permanecían a cubierto.

Pequeñito y su madre tenían la cara tan delgada y demacrada como ella. También tenían los ojos claros y sabios, y ambos pensaban, al igual que ella, que el viento era una desgracia. Estaban tan asustados que no querían sino echarse a llorar.

Sin embargo, no parecían estar tan desesperados como ella.

Estaba justo en la colina, sobre la granja Bäckgården en la parroquia de Bro. Desde allí podía seguir con la vista el camino que serpenteaba haciendo largas curvas hasta llegar a la iglesia de Bro.

Entonces vio que los campesinos, que habían salido para ir a misa, daban media vuelta y regresaban a sus casas. No necesitaba ver más para darse cuenta de que sería imposible para su madre y Pequeñito caminar los veinte kilómetros que les separaban de Nygård, en la parroquia de Svartsjö, donde tenían previsto asistir a una fiesta navideña. Cuando fue consciente de eso, apretó los puños de rabia dentro de las manoplas.

De no haber sido porque vivían en un lugar muy tranquilo del bosque, se hubieran dado cuenta de que la ventisca se volvía antes de alcanzar la linde. Y en ese caso, no habrían salido de casa y no habrían sufrido tanto. Por su carácter, nada le daba más rabia que tener que darse la vuelta y no llegar adonde quería.

¡Se había pasado todo el año pensando en el día de San Esteban, el día en que podía ir a Nygård! ¡En ese momento se estaba imaginando las grandes ollas hirviendo a fuego lento, las largas mesas puestas, vestidas con manteles blancos, y montones de galletas de queso, de las típicas! Ojalá Pequeñito y ella no hubieran dicho, cada vez que su madre no tenía nada que darles de comer: «¡Cuando vayamos a casa del tío en Nygård para San Esteban, comeremos hasta tener la barriga llena!».

¡Y pensar que allí abajo estaban preparando sopa dulce con pasas, que había arroz con leche y pasteles, que había mermelada, café y hojaldre de mantequilla y que ella no probaría nada de eso!

Estaba tan enfadada que deseaba tener a alguien delante con quien desahogarse. No tenía sentido que la ventisca se hubiera presentado precisamente este día, pensaba. Era un día festivo, no hacía falta que hubiera viento, pues no había que moler nada en los molinos ni pescar nada en el lago, era invierno. Podía dejar de soplar y descansar. Pero decirle tal cosa al viento no serviría de nada.

Tenían por delante el peor tramo del camino. Había que bajar por la pendiente de Helgesäter y por las colinas de Broby hacia el lago Löven y hasta la iglesia, y luego cruzar los campos de la

receptoría, que era una zona abierta y sin bosques por la que discurría la carretera. Si conseguían pasar ese tramo, podrían hacer un último esfuerzo, subir las colinas de Hedeby y, una vez llegaran allí, estarían fuera de peligro, pues el camino volvía a internarse en el bosque. No parecía estar muy lejos. Pensaba que al menos deberían intentarlo, aunque seguramente no saldría bien.

No perdía la esperanza mientras su madre decidía si seguir adelante o no. Entonces vio que se daba la vuelta para regresar hacia el bosque y, por supuesto, Pequeñito hizo lo mismo.

Ella, en cambio, comenzó a caminar en dirección opuesta colina abajo. Al principio iba poco a poco, pero luego cada vez más rápido, porque el viento venía de atrás y la empujaba, así que casi tenía que correr. Se cuidó mucho de no mirar atrás, pues de hacerlo su madre o Pequeñito podrían hacerle señas para que volviera con ellos. Estaba casi segura de que la estaban llamando a gritos. Sin embargo, ahora no iba a preocuparse por eso cuando el viento la rodeaba y su tremendo rugido no le dejaba oír nada.

No había muchas probabilidades de que su madre corriese hacia ella, pues llevaba a Pequeñito de la mano para que no se lo llevara el viento y, por lo tanto, no podía ir muy rápido.

No quería darse la vuelta, desde luego que no. Sin embargo, tuvo que admitir para sí que nunca se imaginó que haría tan mal tiempo. Sobre su cabeza pasaban revoloteando unos pájaros grandes y oscuros a los que el viento desgarraba por completo, de manera que quedaban desplumados y su cuerpo desaparecía. Jamás había visto nada tan terrible, pero luego se dio cuenta de que eran grandes fardos de paja que el viento había arrancado de los tejados.

Si se ponía a caminar con el viento en contra, era como si un caballo encabritado se alzara ante ella para tirarla. Y si daba un paso en favor del viento, este la empujaba, de manera que se veía obligada a caminar encorvada con las rodillas dobladas para resistirse a su fuerza. Estaba tan cansada de luchar contra él que tenía la sensación de estar tirando de un carro.

Además, el viento venía del norte y era tan frío que parecía que estuviera bailando con la muerte. Era tan fino y tenía tanta fuerza que incluso atravesaba la piel de oveja y la lana, con lo que el frío le llegaba hasta los huesos. Y aunque no solía quejarse, notaba cómo los dedos de los pies se le entumecían dentro de los zapatos, impermeabilizados con brea, y cómo los dedos de la mano se le quedaban tiesos dentro de los guantes de lana, y cómo las orejas le escocían por debajo del pañuelo. De todos modos, siguió adelante, hasta que hubo bajado toda la colina. Una vez en el valle, se detuvo y esperó a los demás. Cuando finalmente llegaron, fue a su encuentro. Tal vez fuera mejor que se marcharan a casa, dijo ella. Lo más probable era que no pudieran llegar a Nygård.

Sin embargo, en ese momento su madre se enfadó, y también Pequeñito, pues pensaban que aquella niña no era quien para gobernarlos y decirles cuándo avanzar y cuándo regresar.

—Pues, no —dijo su madre—. No nos vamos a volver, iremos a la fiesta de San Esteban ya que tenías tantas ganas de ir.

—Verás lo harta que acabas de fiesta con este viento —dijo Pequeñito.

Con eso, su madre y su hermano comenzaron a avanzar y ella tuvo que seguirlos como pudo. Cuando ya estaban cerca de la granja Uvgården, se encontraron con Lotta, la pordiosera, y Jon, el mendigo. Y ambos, que deambulaban por la zona tanto durante los días festivos como durante los laborables y estaban acostumbrados a hacerlo hiciera el tiempo que hiciese, se llevaron las manos a la boca y les gritaron que, por Dios, se fueran para casa, porque más abajo, cerca del lago hacía tanto frío que podían morir congelados.

Su madre y Pequeñito siguieron adelante de todos modos. Seguían enojados con ella y querían que se diera cuenta de verdad del mal tiempo que hacía.

Se encontraron con el caballo de Erik de Falla, que venía con un trineo vacío detrás de él. Al hombre se le había volado el sombrero

y, mientras corría por los campos, trepaba por los cercados y se arrastraba por las cunetas para atraparlo, su caballo, que se había cansado de estarse quieto bajo la ventisca, se puso en marcha para volver a casa. Sin embargo, su madre y Pequeñito seguían caminando como si nada extraño sucediera, y seguían adelante sin más.

Continuaron adelante, hasta que llegaron a la cima de las colinas de Broby. Allí se encontraron con una multitud de personas, caballos y trineos, que habían quedado atrapados sin poder avanzar. El gran pino de Broby, que antes fuera tan alto que se veía desde la lejanía al igual que la montaña de Gurlita, había sido derribado por el viento bloqueando el camino.

Y allí estaban Jan de Gullåsa y Britta de Kringåsa, que iban a casarse ese día en la iglesia de Bro. También estaban el viejo Jan Jansa de Gullåsa, la abuela de Kringåsa, vecinos y parientes, Jöns, el músico, el guapo Gunnar de Högsjö y muchos otros. Todos se había unido al séquito nupcial. Hablaban a gritos contando que ya habían tenido que parar antes dos veces, también por toparse con árboles derribados, pero en esos casos los habían podido mover. Sin embargo, con este no había manera. Mientras, el abuelo de Gullåsa iba ofreciendo aguardiente, pero ahí estaban y ahí se quedarían. La novia ya se había apeado del trineo y estaba llorando por lo difícil del viaje hasta la iglesia, mientras el viento le arrancaba rosas de tul rojo y hojas de seda verde del ribete del vestido. Para los que viajaran más tarde por aquella parroquia, pensarían que el viento había encontrado un rosal silvestre en un bosque mágico y que le había arrebatado las flores y las hojas para esparcirlas por campos y cunetas.

Sin embargo, su madre y Pequeñito no se detuvieron porque el pino estuviera cruzado sobre el camino. Pasaron por debajo y continuaron. Seguramente, Pequeñita no se habría cansado del mal tiempo que hacía. ¡Y hasta llegaron a la encrucijada y la posada de Broby!

En la posada vieron a la esposa del mayor Samzelius, que venía con el trineo cubierto tirado por dos caballos. Tal vez solo

entonces advirtieran que no se habían dado cuenta del mal tiempo que hacía, pues la mujer del mayor permanecía a cubierto, siendo como era una mujer que no le temía a nada. Les amenazó con el puño y les gritó de tal modo que su voz les llegaba a través del rugido de la tormenta:

—¡Vete a casa, Marit de Koltorp! No deberías haber salido con tus hijos, con semejante tiempo ¿no ves que hasta yo he cubierto el trineo?

Pero la mujer y el niño pensaron que a Pequeñita le vendría bien seguir luchando contra la ventisca un poco más.

Cuando llegaron al puente que cruzaba el estrecho entre los lagos Övre Löven y Mellan Löven, tuvieron que caminar medio agachados, agarrados a la barandilla del puente. Allí hacía tal viento que se hubieran caído al agua helada de haber seguido caminando erguidos. Tras cruzar el puente, quedaba atrás la mitad del recorrido. Pequeñita casi empezó a pensar que llegarían a la fiesta.

Pero apenas pensarlo, se produjo otro contratiempo. Tal vez fuera el tremendo frío que hacía en el puente el que acabó con las fuerzas de Pequeñito. Estaba helado, como un témpano. Se tiró al suelo y no quiso dar un paso más. Su madre lo recogió y corrió hacia la casa más cercana con él.

Ella estaba tan asustada, mientras seguía a su madre al interior de la casa, que no sabía qué hacer. Si su hermanito se moría de frío, sería culpa suya. De no haber sido por ella, los dos se habrían dado media vuelta y habrían regresado a casa.

Estaban en una casa donde vivía una gente muy amable. Enseguida les dijeron que no debían seguir su camino hasta que la ventisca amainara un poco. Y que era una suerte que hubieran llegado a aquella casa. De haber continuado por los campos de la rectoría, lo más probable es que los tres hubieran muerto de frío.

Su madre parecía contenta por estar a cubierto. Se la veía allí, tan a gusto, sin pensar que, en aquel mismo momento, estarían asando carne y espumando la grasa de las grandes ollas de caldo en Nygård.

Después de que sus anfitriones hubieran acabado de alabarse por haberles dado cobijo, les preguntaron por qué habían salido habiendo ventisca. ¿Acaso iban a la iglesia?

Entonces su madre les dijo que iban de camino a casa de Per Jansa en Nygård. Era su cuñado, un hombre tan rico como pobre había sido su marido. Per Jansa solía celebrar una fiesta el día de San Esteban, y ella, que era su cuñada, por supuesto que estaba invitada. Y, claro que había pensado que hacía mal tiempo para salir, pero aquella era la única fiesta a la que podían asistir en todo el año. Los habitantes de la casa sintieron pena de ellos al escuchar aquello. Era una lástima que no pudieran ir a la fiesta, pues probablemente era espléndida. Pero, claro, volver a salir bajo la ventisca era imposible. Suponía jugarse la vida.

La madre de Pequeñita estuvo de acuerdo en que no podían seguir. Mantenía la apariencia de que no le importaba quedarse allí, con aquella gente, también pobre, cuando había tantos manjares esperándola.

—Si hubiera venido sin los niños —dijeron los habitantes de la casa—, entonces quizá podría hacer un esfuerzo y llegar hasta allí.

Su madre también estuvo de acuerdo. Lo más probable es que pudiera haber llegado a la fiesta de no haber salido con los niños. Sin embargo, no podía sacarlos otra vez con la ventisca que hacía.

No, no había nada que hacer al respecto, estuvieron de acuerdo. Lo lamentaban por la madre. Estaba claro que la compadecían. Sin embargo, a la señora de la casa se le ocurrió de repente algo que hizo que se pusiera muy contenta.

—¡Dios bendito! —exclamó ella—. Si quiere, deje a los niños aquí con nosotros y vaya usted.

Les hizo tanto ilusión que se les hubiera ocurrido, que no caían en por qué no lo habían pensado antes.

Al principio, su madre se resistió un poco, pero pronto cedió. Acordaron que los niños se quedarían allí todo el día y que

también pasarían la noche, pero que, al día siguiente, ella volvería a recogerlos. Así las cosas, la mujer se marchó y allí se quedó Pequeñita.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no podría asistir a la fiesta. Sin embargo, no serviría de nada decir que quería irse con su madre, pues las personas que les habían dado cobijo eran tan amables que nunca dejarían que saliera. Ni tampoco su hermano.

Aunque los de la casa intentaron entablar una conversación con ella, ella fue incapaz de decir nada. Les dio la espalda y se quedó junto a la ventana mirando un par de abedules grandes, que se balanceaban de un lado a otro en la ventisca.

Ahí, en aquella casa, empezó a pensar que ojala el viento levantara la casa y le diera la vuelta para que ella pudiera salir.

Pero, pero... ¡Qué extraño!

Mientras miraba los abedules, pensó que se balanceaban cada vez con menos violencia. Y se dio cuenta de que el rugido y el ruido que habían acompañado a la tormenta también disminuía, y de que ya no volaba ni paja ni hierba por el aire. Casi no se lo podía creer, pero la calma que se había instalado era enorme, apenas se movían un poco las largas ramas colgantes de los abedules.

Sus anfitriones estaban jugando con Pequeñito y no notaron nada hasta que ella les dijo que la tormenta había amainado. Estaban tan sorprendidos que enseguida dijeron que era una pena que no lo hubiera hecho antes, para que así tanto su hermano como ella hubieran podido acudir a la fiesta. Porque pasar con ellos todo el día, no era muy divertido, eso lo entendía cualquiera.

Entonces, Pequeñita dijo que si se le permitía, podría llevarse a su hermanito consigo e ir a Nygård. No era más que un camino rural recto hasta allí, por lo que estaba segura de que lo encontraría con facilidad. Además, no podía pasarles nada malo a plena luz del día.

Aquellas personas eran de veras amables. No querían que estuvieran tristes, así que los dejaron marchar, tanto a Pequeñito como a ella.

De nuevo, había llegado la calma. Hacía un día hermoso y tranquilo, y caminar no era un problema. Además, no había nadie que pudiera decirle que se quedara quieta o se diera la vuelta, así que podía seguir hacia adelante.

Pero aun así, había una cosa que le preocupaba. Pensó que el sol se estaba poniendo muy rápido. No sabía qué hora era, pero ¿y si era tan tarde que ya estaban todos sentados a la mesa en Nygård? Aún le quedaban diez kilómetros por recorrer. ¿Y si al llegar no se encontraba más que cazuelas vacías y los huesos rebañados de la carne que se había servido?

Su hermano solo tenía siete años. No caminaba muy rápido. Estaba cansado e incluso desanimado después de todo lo que había sufrido durante el día.

Al llegar al valle de Hedebybacken, se detuvo mirando hacia el lago Löven, que se había convertido en hielo y cuya superficie brillaba.

Se preguntó si su hermanito recordaría la noche en que su madre llegó a casa diciendo que el lago Löven estaba congelado. Le había sorprendido tanto a la mujer que el lago se hubiera congelado antes de Navidad que estuvo hablando de ello durante toda la noche.

—Sí, fue el día antes de Nochebuena —dijo Pequeñito. Estaba seguro.

—Entonces ya lleva cuatro días congelado —constató ella—. Estoy segura de que podrá soportar nuestro peso.

El niño se entusiasmó al darse cuenta de que su hermana quería cruzar por el lago.

—¡Nos deslizaremos hasta Nygård! —gritó él.

—Pues, estaría bien —dijo Pequeñita—. Podemos tomar ese camino, porque Nygård se encuentra junto al lago.

Tenía sus dudas. Sin embargo, ahora era su hermano quien apremiaba. No quería que le hablaran de ir por el camino. Quería cruzar por el lago a toda costa.

—Tendrás que decirle a nuestra madre que has sido tú el que ha querido cruzar por el lago —dijo Pequeñita—. De lo contrario, se enfadará conmigo.

Les faltaba poco para llegar y pronto estuvieron sobre el hielo. Estaba muy resbaladizo y no podía estar más brillante. Se tomaron de la mano y se deslizaron por la superficie del lago Löven.

Aquello era mejor que seguir adelante por el camino, largo y muy duro. De aquel modo, lo más probable es que llegaran antes de que terminara la comida de aquel día de fiesta.

Pero entonces, Pequeñita oyó un rugido y un ruido detrás de ella. Sabía bien lo que era. No le hizo falta mirar atrás. Podía sentirlo en la nuca. Era otra vez la ventisca, que había vuelto. Era como si hubiera amainado solo para atraerlos hasta el hielo y ahora volvía para derribarlos y hacerse con ellos.

No podrían seguir caminando por el lago helado, la ventisca estaba ahí otra vez. No podían ponerse de pie. Lo único que podían hacer era arrastrarse hasta llegar a la orilla.

Estaba a punto de darse por vencida. Había complicado las cosas de tal manera que ahora no sabía cómo salir de aquel lío. No podían caminar por el lago y en la orilla les esperaban unas rocas escarpadas, luego el bosque y ningún camino.

Y su hermano estaba tan cansado y triste que no dejaba de llorar.

Se quedó un rato en la orilla, estaba desconcertada.

En ese momento se acordó de cómo su hermano y ella solían deslizarse por las rocas que había cerca de su casa cuando el hielo las cubría. Y de inmediato se puso a cortar unas ramas de abeto y ha apilarlas en dos montones. En uno, puso a Pequeñito, se arrodilló sobre el hielo y lo empujó hacia el otro montón.

Luego, salieron a la corriente de aire, ella se sentó sobre el otro montón de ramas de abeto y, junto a su hermano, ambos tomaron una rama cada uno y la alzaron contra el viento a modo de vela.

El viento los arrastraba de aquí para allá. Los sacudió y los deslizó a un lado, como si quisiera probar si podía con ellos. Luego tomó fuerza y se los llevó.

Y allá fueron. Iban deslizándose mientras la ventisca los empujaba. Sin embargo, no sentían el viento, casi parecía que estaban quietos, pero las orillas del lago iban desapareciendo a sus espaldas.

Pequeñito gritaba de alegría, pero ella tenía la boca apretada, pensando en qué nuevo obstáculo podría interponerse entre ella y la fiesta de San Esteban que les esperaba.

Fue el viaje más rápido que había hecho en su vida. Pocos minutos después, habían alcanzado el cabo en donde se alzaban las grandes casas de Nygård.

La gente los vio llegar, justo cuando se sentaban a la mesa. El impulso para salir corriendo y mirar qué era aquello que llegaba deslizándose por el lago fue inevitable.

Es comprensible lo sorprendidos que estaban todos: tanto Per Jansa como su esposa, el párroco y toda la gente allí reunida.

La única que no parecía tan sorprendida era su madre.

—Esta niña no se da por vencida hasta que tiene lo que quiere—dijo—. Solo le ha faltado llegar volando subida a una escoba.

Aquella noche, todos elogiaron a Pequeñita. Cuando fuera mayor, sería una gran mujer.

Su madre se sentó en el sofá junto a la esposa del párroco durante un buen rato. Ambas hablaron sobre Pequeñita.

No era muy buena hilando, siendo tan pequeña como era, pero sabía cardar la lana, había estado recogiendo bayas durante todo el verano pasado para venderlas en el pueblo de Helgesäter y la esposa del capitán le había regalado un libro para que aprendiera a leer. Además, una de las señoritas de Helgesäter la había ayudado, de modo que ahora ya sabía leer y escribir.

El párroco de Svartsjö se había quedado viudo hacía muchos años. Sin embargo, aquel verano se había vuelto a casar. Su nueva esposa era una mujer de escasa estatura, con el cabello muy

blanco, pero cuyo rostro, finamente velado, carecía de arrugas. Nadie sabía decir con exactitud cuántos años contaba. Tenía fama de ser increíblemente trabajadora en su casa. La gente también decía que si veía a una persona solo una vez, inmediatamente sabía cómo era.

La nueva esposa del párroco le dijo a su madre que llevaba tiempo pensando en emplear en casa a una jovencita que se encargara de cuidar a su hijastra y así la criada tuviera más tiempo para tejer. Le preguntó si le importaría dejar que Pequeñita se mudara a la vicaría el otoño siguiente.

¿Tenía su madre algo en contra de esto? ¡Vaya pregunta! No se le ocurría pensar en nada que le diera mayor felicidad a Pequeñita que tener la oportunidad de servir en la vicaría de Lövdala.

La mujer estuvo siguiendo a la niña con la mirada toda la tarde. Era como si no pudiera pensar en nadie más. Al cabo de un rato volvió a llamar a madre.

—¿Es cierto que la niña sabe tanto leer como escribir?

Y la mujer afirmó que era verdad.

—Pues entonces, está decidido. Se viene a Lövdala ahora mismo —confirmó la esposa del párroco—. Pueden tomar el camino que pasa por Lövdala de regreso a su casa después de la fiesta y Pequeñita podrá quedarse ya con nosotros.

Así se acordó.

Y después, como ya había hecho antes, la esposa del párroco siguió mirando a Pequeñita, como si no pudiera dejar de hacerlo.

Al cabo de un rato quiso volver a hablar con Marit de Koltorp.

—¿Cuál es su nombre, el de tu hija? —preguntó ella.

—Pues, su nombre es Eleonora, pero normalmente la llamamos Nora.

—¿Y es realmente cierto y no solo fanfarroneo, que sabe leer y escribir? —preguntó la esposa del párroco.

Sí, le aseguró que era la pura verdad.

—He estado pensando que podría venir a casa con nosotros en el trineo esta noche —dijo la esposa del párroco—. Nos falta

alguien como ella en Lövdala, por lo que podría comenzar con mucho gusto el servicio de inmediato.

Y por supuesto, la esposa del párroco se salió con la suya. La gente prefería no contradecirla.